
Hombres de Bandera

Arturo Reyes

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 7292

Título: Hombres de Bandera

Autor: Arturo Reyes

Etiquetas: Teatro breve

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 24 de diciembre de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La escena representa el interior de un hondilón en forma de túnel; en cada una de las laterales se eleva triple hilera de cuarterolas sobre renegridos caballetes; en el centro unas cuantas mesas de pino rodeadas de sillas de Vitoria; en el fondo un pequeño mostrador con tablero de zinc.

En el momento en que penetramos en el hondilón, el señor Paco el *Canela* —hombre de cincuenta otoñadas, rostro mofletudo y bronceado y de aun gallardo empaque, se entretiene en ordenar los limpísimos *chatos* junto á la dorada cafetera. Toño el *Niño de las Tabairas*, sentado junto á una de las mesas, retrepado en la silla, con el *pavero* echado hacia atrás, canturrea con voz de simpático timbre uno de los tangos más en boga; Joseito el *Cangrena* levanta la cortina encarnada que resguarda, en la puerta, de los rayos del sol, el establecimiento y arroja en el interior una mirada escrutadora, y al ver al de las *Tabarras*, penetra en decidida y arrogante actitud y se dirige hacia la mesa donde aquel se acompaña, en su canto, tamborileando con los dedos sobre el borde de la mesa, sobre la cual habla de modo elocuente de su afición á la de *Sanlúcar* un ya desocupado cañero.

Escena única

Paco el *Canela*.

Toño el *Niño de las Tabarras*.

Joseito el *Cangrena*.

EL CANGRENA.—A la paz e Dios, señores.

EL CANELA.—Para servir á usted, caballero.

EL CANGRENA.—(Acercándose á la mesa junto á la cual está sentado Antonio y urgándose cortésmente el ala del *pavero*). ¿Por casolidá es usted Antoñico Urdiales más conocio por el Niño de las *Tabarras*?

TOÑO.—(Incorporándose y urgándose también el ala del *sevillano*). Sin casolidá, ese que usted dice soy yo, pa lo que usted guste mandarme.

EL CANG.—Por muchos años; ¿y usted no sabe quién soy yo?

TOÑO.—Como usted no me lo diga...

EL CANG.—Pos yo soy Joseito Oliveros, más conocío por Joseito el *Cangrena*.

TOÑO.—*Pos que quiera un divé que no mos caiga nunca su mote de usted en ninguna parte de nuestras presonas respectivas, caballero.*

EL CANG.—Es que yo soy el *Cangrena* de Cazalla.

TONO.—Pos ya me es usted la mar de simpático, pero que la mar de simpático.

EL CANG.—Por lo del aguardiente ¿verdá?

TOÑO.—Como que el de la tierra de usted, es mejor, pero que muchísimo mejor, entoavía, que el *paliano*.

EL CANG.—Lo que yo voy viendo es que usted no se ha enterado bien de quien yo soy.

TONO.—Camará, pos si me lo ha dicho usted ya dos veces, y las dos cuasi seguías.

EL CANG.—¿Y sabe usted que yo no soy hombre de mucho torno y que á mí no se me puede jurgar á las ancas porque respingo enseguida?

TONO.—Eso no quise decir más sino que tiene usted muy sensible ese sitio que usted dice.

EL CANG.—¿Y usted sabe á qué he venido yo de Cazalla de la Sierra?

TOÑO.—Y qué sé yo! Tar vez á recrearse mirándome las jechuras.

EL CANG.—Camará que tiene usted cosas que parecen jechicerías.

TOÑO.—Como que yo tengo un *pesqui* según dicen tós, que no me lo merezco.

EL CANG.—Ya me lo habían dicho á mi también; y las ganas que tenía yo de jechar un palique con usted y de beberme dos cañas con usted y de lo que Dios quiera que pase entre usted y el hijo de mi madre la seña Rosalía, la de Jerez de la Frontera!

TABER.—(Enjuagando las cañas en la pileta)—Allá va el señor Paco, que tiene mejor corazón que la mismísima Samaritana.

EL CANG.—Muchas gracias, y ahora, y tan y mientras, me va usted á jacer un favor; y ese favor es decirme qué es lo que le debe á usted mi Cloto; porque como la Cloto es como si fuese mismamente mi mujer, pos naturalmente, lo que ella debe es este cura el que lo tiene que pagar; y yo no puedo permitir que nadie piense que yo no pago lo que debo, ni que nadie me jure á mi niña, ni me la pellizque) ni me la miente tan siquiera.

TOÑO.—Y to eso lo dice usted por mí, verdad?

EL CANG.—Pudiera ser, hombre, pudiera ser que fuera por usted lo que yo digo.

TOÑO.—Eso tiene de malo beberse dos copas con una mujercilla como

Toño el *Talabartero*.

EL CANG.—A mí no me ha dicho naita Toño el *Talabartero*; á mí eso me lo ha dicho una gitana que lo adivina tó na más que con mirarle á uno el sitio de las sangrías.

TOÑO.—No es mala *calé* la que á usted lehadicho tó eso; pero, en fin, lo que yo le digo á usted es que la culpa no la tiée el *Talabartero*, sino yo yo, que la otra noche estuve una miajita de *tremontana* y me lo trompecé en ca der *Quiqui*, y el hombre me convió y á mí me dió fatiga de jacerle un desprecio, y lo que pasa; á mí cuando se me sube er solera al palomar, se me sale por la boca lo que tengo en el reservao; y como es verdá que su Cloto de usted me debe una partiita de quinquillera que me jugó, y la cual yo me tragué de lila, pos naturalmente, el *Talabartero* encomenzó con las é Caín á tirarme de la lengua... Pero, en fin, como yo no le he alevantao ningún falso testimonio á su Cíoto de usted, y como además yo soy hombre al que le gusta pisar tos los terrenos aonde lo llevan... pos ná se ha pirdió; aquí estoy á su disposición pa tó lo que usted guste mandar; pero antes de que yo vaya con usted aonde usted quiera, me quisiera llegar en un voletón á darle un recaillo urgente á Toño el *Talabartero*.

TABER.—(Colocando dos relucientes cañeros sobre la mesa).—Aquí está esto que es cuasi gloria divina.

EL CANG.—¿Y pa qué quíee usted buscar al *Talabartero*?

TOÑO.—Hombre, le diré á usted: yo quieo buscar á ese *gachó* pa lisiarlo de un ala antes de que mosotros ajustemos esas cuentas que á usted se le ha metió entre ceja y ceja ajustar con mi presona.

EL CANG.—Pos yo dentro de un rato le diré á usted aonde puée dir á buscar á ese mozo; pero antes quisiera yo que me contara usted eso que le paso á usted con la niña de mi gusto.

TOÑO.—Yo, cuando no he bebío mucho, no cuento nunca á ningún hombre lo que me pasa con las mujeres; pero le pueo contar á usted una historia que puée que no le esazone á usted el cuerpo que yo se la cuente.

EL CANO.—Pos más vivo, porque eso de las historias son cosas por las que yo prevelico.

TOÑO.—Pos entonces allá voy yo, y cuento y cuento que era una *gachí* más requetebonita que er cielo y que se llamaba María de los Dolores, pongo por caso, que es el nombre de la Madre de la pena, y esta *gachí* tenía más gentes que le jicieran la rueaque madroños un madroñal; y entre tós los que le tiraban los chambeles, relucían más que los otros tres *puntos*, á uno de los cuales le llamaban el *Calzones*, que era un *gachó* más malito que su mote de usté; otro que se parecía á usté como se parecen dos chícharos, y otro que tenía la mar de pareció conmigo, cuando yo entoavía no había jechao esta miajita de panza que me tiée siempre con el chaleco desabrochao.

EL CANG.—Pos sabe usté que me va interesando á mí ese cuento, sobre tó por lo de los parecíos.

TOÑO.—Pos verá usté, la tal Mariquita de los Dolores, que era una *gachí* que sabía más que los siete sabios, estaba que jacía pum, como las gaseosas, por uno de aquellos gachones que yo digo, por el que se parecía tanto á usté, que era un hombre con toa la barba y que no venía aquí más que de cuando en cuando, porque vivía en un pueblo de la provincia, aonde el *gachó* se las buscaba contrabandeando como Dios manda; es decir, cara al sol y jugándose á pares y nones la via entre tomillos y abulagas tó el año, en la picara serranía.

EL CANG.—Pos mire usté, ya me va gustando á mí ese *gachó* que tenía tanto pareció conmigo; y el que se parecía á usté tampoco creo yo que me hubiera desazonao el cuerpo conocerle.

TOÑO.—Calle usté, hombre; el que se parecía á mí era un probetico de mú güeña índole y sin naita de malicia; un angelito, dicho sea esto sin agraviar á los presentes.

EL CANG.—Y á ese que se parecía á usté le gustaba también la María de los Dolores?

TOÑO.—¡Josús! más que á un zángano las cormenas.

EL CANG.—¿Y al *Calzones* tamién?

TOÑO.—¿Al *Calzones*? Tanto le gustaba al *Calzones*, que, según yo me enteré endispués, una noche que la vió en la ventana se arrimó á ella, y porque ella le dijo que no se había criaio en tan regüenos pañales pa que

con su presona se recreara un *gachó* que golía tanto á lo que él golía, el hombre encomenzó á pegar brincos y á jurarle á la muchacha que *gachó* que se arrimara á ella, *gachó* que debía dir pensando en ponerse bien con Su Divina Majestad por conducto del cura de la parroquia.

EL CANG.—¿Y era el *Calzones* hombre capaz de cargarse esa faena?

TOÑO.—El *Calzones*, al que Dios lo tenga en su santa gloria, era un lobo con un corazón más negro que la endrina y más duro que un martillo.

EL CANG.—¿Y qué fué lo que le contestó la María de los Dolores?

TOÑO.—La Maria de los Dolores se calló; y como el que á ella le alegraba las niñas de los ojos era el que tanto se parecía á usté, y el que se parecía á mí no le golía á claveles ni á jazmines ni á matitas de heliotropo; y como además sabía que el *Calzones* era un perro de presa, pos la mu señora de tó mi respeto, pa quitarle de su atajo el bicho al hombre que más era de su gusto, se jizo el ama del otro *gachó* con solo tres mirás traicioneras, y así que se jizo el ama, pos el alma mía lo echó á pelear con el *Calzones*, y tan requetebién jugó la *gachí* la partía, que cuando el otro, el del pueblo, el que se parecía á usté como se parecen dos chícharos, vino en su busca, estaban ya el *Calzones* en la *trena* y el que se parecía á mí en el hospital, y cuando dambos pisaron la calle otra vez, bajo fianza, se encontraron conque la tórtola de su gusto había agüecao el ala y se había díó con el que se buscaba los garbanzos cara al sol, dando caballás por toita la serranía.

EL CANG.—¿Y qué fué entonces del *Calzones*?

TOÑO.—El *Calzones*, el probe, se murió de repente, de una puñalá que le dieron estando paseándose á la luz de la luna, en el camino de Ardales.

EL CANG.—Pos mire usté, ¿sabe usté que estoy pensando que el que se parecía tanto á usté tenía razón pa estar más negro que el jollín y con ganas de cobrarle algo á la tal Mariquita?

TOÑO.—Tenía razón; pero yo, que lo conozco mucho, sé que ya no le guarda rencor ninguno, y si no fuera porque él es hombre al que, por la tremenda, no se lo lleva nadie á ningún lao, casi podría decirle yo á usté, que lo único que dice de Mariquita, cuando se va de la lengua, es que esa *gachí* le debe á él una malita faena que se cargó con su presona gitana.

EL CANG.—Pos mire usté, más razón que nadie tiée ese que tanto se parece á usté; y si á mí me tocara algo la Mariquita, lo que yo le diría mú á gusto á ese *gachó* era:—Oiga usté, mozo güeno, mi Mariquita está en deuda con usté y aquí estoy yo pa pagar; y yo pago de dos maneras, una—que no me gustaría—bailándome con usté una mazurca en un sitio solitario, y otra, que es la que me gustaría más, diciéndole á usté:—Aquí está mi mano, y cuando yo se la doy á un hombre antes me pongo encimita del pulpejo el corazón, (le tiende la mano).

TOÑO.—Y yo, si fuera el que tanto se parece á mí, le apretaría á usté esa mano, de este mó y de esta jechura.

TABER.—Camará, caballeros, que me han tenío ustés un rato con el corazón encogío y cuasi con el pito de carretilla en la boca.

EL CANG.—Pos véngase usté pa acá y tráigase, de camino, otros dos cañeros, que esos los pago yo.

TABER.—El que los paga soy yo, y que vivan los hombres de *chipé* y los hombres de pelo en pecho, los que Dios ha jechao al mundo con toita la bandera.

Arturo Reyes



Arturo Reyes Aguilar (Málaga, 29 de septiembre de 1864 - íd., 17 de junio de 1913) fue un poeta lírico, periodista y narrador español.

Su madre lo abandonó cuando apenas tenía un año, a causa de problemas conyugales con su esposo. Estudia en el Colegio del Arcángel San Gabriel idiomas y contabilidad. A los doce años queda huérfano de padre y debe interrumpir sus estudios por problemas económicos; trabaja como recadero, zapatero y dependiente y se forma de manera autodidacta, descubriendo la poesía de José de Espronceda. Se casa con

Carmen Conejo Guillot el 14 de junio de 1884. Colabora en El Correo de Andalucía y en El Cronista; de esta última publicación será redactor casi toda su vida. Con sus amigos Narciso Díaz de Escovar y José Ruiz Borrego crea un centro docente de teatro para jóvenes en 1886: la "Academia Provincial de Declamación". En 1888 logra publicar en Madrid, con el apoyo de su maestro Martínez Barrionuevo, una colección de narraciones breves: El Sargento Pelayo.¹ En 1889 colabora en el semanario El Renacimiento e imprime su primer poemario en Málaga, Ráfagas, y en 1900 la novelita ¡Estaba escrito!. En 1891 publica una colección de versos con el título de Íntimas y consigue dos premios municipales; eso le anima a colaborar en numerosos periódicos (La Unión Mercantil, El Álbum, el Correo de Andalucía, la Ilustración Española...).